

Identidad, violencia y moral. Análisis etnográfico sobre una *hinchada* de fútbol

Luciana E. Denardi*

Sobre GARRIGA ZUCAL, José: *Nosotros nos peleamos. Violencia e identidad de una hinchada de fútbol*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010, 180 p., ISBN 987-987-574-440-0

José Garriga Zucal es un antropólogo graduado en la UBA, magíster en antropología social por el IDES- IDAES y doctor en Antropología social por la UBA también. Es investigador de CONICET y docente en la UNSAM. Siguiendo la impronta de Archetti y junto a Verónica Moreira, es referente de las investigaciones etnográficas sobre *hinchadas* de fútbol. El texto que aquí reseñamos es una versión de su tesis de doctorado. Se trata de una etnografía de las prácticas y representaciones de una *hinchada* de fútbol. Más precisamente, José analiza cómo la violencia es la base sobre la que se construye la identidad de este grupo. Es a través de las prácticas violentas que los miembros de la *hinchada* de fútbol demuestran tener *aguante*, lo que implica ser respetados por sus pares, obtener la membresía para pertenecer a ese “nosotros” que es la *hinchada* y marcar la frontera entre ese nosotros aguantador y los que no tienen *aguante*. Es por ello que Garriga hace referencia al carácter práctico moral de la categoría *aguante*. Práctico porque es una identidad que se solidifica en experiencias físicas, y moral porque define “un universo de lo permitido y lo prohibido, de lo aceptado lo inaceptable”. (Pág.: 33)

Si bien son omitidas las razones de la elección, Garriga realiza en el club Huracán del barrio Parque Patricios de la Ciudad de Buenos Aires su investigación etnográfica. La estrategia metodológica elegida para entrar al campo fue establecer una red de contactos, en la que un contacto le generaba otro contacto y así sucesivamente. Luego, José comenzó a compartir diversas situaciones con los miembros de la *hinchada*, lo que

* Lic. en Sociología de la Universidad Nacional de Villa María. Maestranda en Antropología Social por el IDES- IDAES y Doctoranda en Antropología Social por el IDAES, UNSAM. Becaria doctoral CONICET. Miembro del Núcleo de Estudios sobre Antropología de las Moralidades del IDAES. Autora de *La cultura popular entra a la escuela. Proyecto pedagógico, habitus y educación popular*, EDUVIM, 2009. E-mail: lucianadenardi@gmail.com

incluye no sólo ir a la cancha a ver partidos, sino también compartir charlas de café, cerveza, *chupi*, en bares, en plazas, en el club; asistir a reuniones con directivos, viajar en los colectivos hacia los estadios, compartir algunas situaciones familiares con los *hinchas*, sufrir la represión policial, quedar en medio de gases lacrimógenos y demás situaciones que pusieron en riesgo a José y le hicieron temer por su vida. A pesar de esto, el autor no cae ni en la condena absoluta de las prácticas de sus informantes, ni en el relativismo moral que no permita ver el carácter violento de las prácticas del grupo en estudio.

En el capítulo I Garriga se propone analizar “los valores y prácticas que señalan la pertenencia a la *hinchada*”. Entre esas prácticas, la principal es la de *aguantar*, es decir, quedarse a pelear, poner en riesgo la vida en contra de la *hinchada* rival, para defender el honor y el prestigio de la *hinchada* propia y del Club. Otros de los elementos que definen la pertenencia grupal a la *hinchada* es la fidelidad –seguir al equipo a todos lados donde dispute partidos, no importa la distancia a recorrer, ni los resultados obtenidos- y el fervor –alentar al equipo durante todo el partido, sin importar el resultado-.

El *aguante* es algo que debe probarse en la práctica, es un bien simbólico, según el autor, que “se gana en los enfrentamiento corporales, [que] engloba saberes corporales de lucha, de resistencia al dolor y de falta de temor al riesgo” (Pág.: 56) Haber comprobado tener *aguante* implica ser respetado y reconocido, pero debe ser ratificado en nuevas luchas. Sin importar si el *hincha* se encuentra en desventaja numérica, o si es derrotado, se considera heroico quedarse a pelear, hacerle frente al rival.

En el capítulo II Garriga explora el mundo varonil construido alrededor de los discursos morales de los *hinchas*. Tener *aguante* es tener *huevos* para enfrentarse al rival. Los *huevos* son la figura metonímica de los caracteres que definen la hombría: valentía, coraje, arrojo, bravura, valor, intrepidez que definen a los hombres. Quien no tiene *huevos*, quien no tiene *aguante*, es un cobarde, un *cagón*, un *puto* –aunque los *hinchas* no hacen alusión a la homosexualidad, sino a una posición de dominación en la relación de poder-, que le teme a los rivales en el enfrentamiento y huye, que no visita otra cancha para no enfrentarse a la *hinchada* rival; quien no defiende la propiedad más preciada de los *hinchas*: los *trapos* o banderas. De esta manera los *pibes* de la *hinchada*,

se distinguen de los otros hombres que a pesar de que van a la cancha, no tienen *huevos*, no tienen *aguante*, no son *machos*.

Esta distinción entre machos y no machos, se respalda según Garriga en prácticas y representaciones corporales, que analiza en el capítulo tercero. El modelo ideal de cuerpo de los *hinchas* es el gordo –excedido de peso- o groso –de anatomía grande-. Como sus cuerpos les impiden huir en la pelea, los gordos y grosos no tienen otra opción más que *poner el pecho*. Además, los *hinchas* prefieren que estos sean los cuerpos que constituyan la *hinchada* ya que el gordo “da miedo”, con lo que podrían intimidar a otras *hinchadas*. Esta corporalidad, es exhibida constantemente, y la acompañan gestos y prácticas que dan cuenta del *aguante*: resistencia a adversidades climáticas, andar sigiloso y mirada vigilante, caminar con el pecho hinchado. Por otro lado, las cicatrices también deben exhibirse ya que son la prueba de los combates efectuados. La masculinidad se imbrica con esta corporalidad en dos cuestiones: no se debe demostrar el dolor, y en cambio, se exhiben y hasta exageran los efectos del consumo de sustancias prohibidas a diario.

El capítulo IV aborda el tema de la identidad y la frontera que se demarca entre un nosotros aguantador y un otros. La *hinchada* marca sus límites a través del *aguante* al interior de la propia *hinchada*, por un lado, formando una jerarquía que hace a su estructura piramidal. Y al exterior, es lo que los diferencia de otros hinchas – denominados hinchas militantes que conciben el *aguante* basado en el fervor y la fidelidad, pero repudian la violencia-; y de la policía, considerados *putos* porque cuentan con diversos elementos de seguridad –no luchan mostrando su cuerpo- y muchas veces reciben la orden de no responder a las agresiones. Por lo tanto, la policía es considerada una *hinchada* más pero que carece de *aguante*. Sin embargo, Garriga demuestra que a pesar de las diferenciaciones, muchos de los hinchas militantes en algunas situaciones se han unido a las acciones violentas de la *hinchada*; mientras que otros se alejaron de la misma por problemas judiciales o familiares. Garriga concluye afirmando que “las estrategias de distinción son contextuales y relacionales. Según cada contexto determinado y cada tipo de relación social se utilizan distintos mecanismos de diferenciación” Y que “exhibir la potencialidad y la práctica violenta tiene como objetivo expresar la pertenencia al grupo de los violentos y por lo tanto diferenciarse.” La violencia es para los *hinchas* una herramienta de posicionamiento identitario. Las

ventajas de que la violencia sea la base de la identidad son dos: por un lado la solidez de la conformación del “nosotros”, por el rechazo que produce en la sociedad en general las prácticas que utilizan para diferenciarse; por el otro lado, este mismo rechazo genera que los mecanismos de diferenciación no sean compartidos por otros grupos.

En el quinto y último capítulo Garriga analiza los vínculos entre pobreza y violencia, indagando los orígenes del *aguante*, debatiendo las posibilidades que tienen los *hinchas* de elegir esta identidad. Al pensar en qué los motiva a ser parte de la *banda*, José se aparta de los análisis que señalan sólo los bienes y recursos materiales que se obtienen por la membresía. Según el autor, los deseos de ser parte de los *pibes* son motivados, además, por la búsqueda de una reputación *aguantadora* y la inserción en una comunidad de valores afín. Esto significa “compartir un espacio de socialización donde las experiencias de la vida cotidiana tengan un valor positivo” (Pág.: 153) ya que según Garriga, las prácticas de lucha son comunes en los contextos de socialización de los integrantes de la *hinchada*. Esta conjunción de lo moral y lo instrumental responde a la pregunta que sirve de hilo conductor de todo el libro: por qué eligen la violencia como base de su identidad, como señal distintiva.

Una vez analizados los argumentos principales de cada capítulo, es interesante dar cuenta de las discusiones más relevantes, que a mi criterio surgen del texto. En primer lugar, analiza el fenómeno de la violencia no como un estadio de barbarie y caos, sino que le otorga sentido, significado y lógica propios, en un intento muy logrado de vaciar de etnocentrismo su mirada. Lejos de la anomia con la que se suele catalogar a estas prácticas, Garriga presenta las reglas del *aguante*: dejar una cicatriz pero no terminar con la vida del rival –excepto que esté en riesgo la propia existencia–; usar armas de fuego está “permitido” en determinadas ocasiones –si el otro no cuenta con armas, su uso se considera de *puto*–; las peleas no se dan nunca entre miembros de la misma *hinchada*; no se realizan denuncias judiciales; deben ser solidarios con los demás integrantes de la *banda*, sino son sancionados, entre otras.

Otro de los argumentos intenta romper con un discurso dominante en medios de comunicación y en el sentido común: el que establece una relación directa entre violencia y pobreza. En este punto creo que existe una suerte de contradicción en el argumento, ya que si bien Garriga intenta desmitificar esta relación aduciendo que la pertenencia social de los *hinchas* es heterogénea, que la *cultura del aguante* no es

específica de los sectores populares, que no todos los violentos son pobres ni todos los pobres violentos (Pág.:162); remata el análisis afirmando que “el *aguante* aprovecha la oportunidad de la vacancia identitaria dejada por el trabajo y la escuela para hacer de la violencia una marca de pertenencia.” (Pág.: 163), que en la vida cotidiana de los sectores de donde provienen los *hinchas*, los problemas se resuelven a las piñas por lo que estas acciones no son consideradas extrañas, sino formas legítimas de solucionar problemas. Además, al presentar el club, su ubicación geográfica y la pertenencia social de sus simpatizantes, Garriga alude a que la zona sur de la ciudad de Buenos Aires, en donde está el estadio de Huracán, como una “realidad dolorosa: altos índices de desempleo, bajo nivel de instrucción, grandes asentamientos carentes de los bienes más necesarios” (Pág.: 35) y otros datos estadísticos que evidencian la dureza de la situación. También cuando alude a la corporalidad de los *hinchas*, José hace alusión a que el cuerpo de los *hinchas* está vinculado con los sectores populares, y que esta distinción toma dimensión de clase ya que los *hinchas* se diferencian de los patovicas – que aumentan el volumen de sus músculos en el gimnasio- y los chetos –personas con dinero-. ¿No está de esta manera, indicando que quienes permanecen en la *hinchada* son, en su mayoría personas que pertenecen a los sectores populares y a partir de allí explicar sus prácticas?

Finalmente, es indudable el valioso aporte de esta investigación al estudio de la identidad y la violencia, pero también realiza un gran aporte al área de la antropología de las moralidades. José hace hincapié en el universo moral de los *hinchas*, en los valores que sus prácticas conllevan, y los códigos morales de sus informantes. En relación a los códigos, en ocasiones no queda claro si éstos son categorías de sus informantes o teóricas. Por otra parte, utilizar la categoría código implica una rigidez en los valores que iría en contra de la idea de agencia a la que adhiere el autor. Quizás sería más fructífero utilizar la noción de repertorios morales, que los actores van armando y desarmando en relación a contextos y necesidades, y que sí permiten advertir la astucia de la agencia en las elecciones que se realizan.

Recibido: 20/05/2012. Aceptado: 31/7/2012.